



CAPUCHINAS  
DE LA MADRE DEL DIVINO PASTOR  
Bailén, 40 – 08010 Barcelona

## Mensaje a los Voluntarios Capuchinos de la Madre del Divino Pastor con motivo de la fiesta de San Francisco de Asís

“Que después que haya visto tus ojos,  
no se marche jamás sin tu misericordia”.

(Carta a un ministro)



Fragmento de la Carta de san Francisco a un Ministro:

*(...) Acerca del caso de tu alma, te digo, como puedo, que todo aquello que te impide amar al Señor Dios, y quienquiera que sea para ti un impedimento, trátase de frailes o de otros, aun cuando te azotaran, debes tenerlo todo por gracia. Y así lo quieras y no otra cosa. (...) Y ama a aquellos que te hacen esto. Y no quieras de ellos otra cosa, sino*

*cuanto el Señor te dé. Y ámalos en esto; y no quieras que sean mejores cristianos. Y que esto sea para ti más que el eremitorio.*

*Y en esto quiero conocer si tú amas al Señor y a mí, siervo suyo y tuyo, si hicieras esto, a saber, que no haya hermano alguno en el mundo que haya pecado todo cuanto haya podido pecar, que, después que haya visto tus ojos, no se marche jamás sin tu misericordia, si pide misericordia. Y si él no pidiera misericordia, que tú le preguntes si quiere misericordia. Y si mil veces pecara después delante de tus ojos, ámalos más que a mí para esto, para que lo atraigas al Señor; y ten siempre misericordia de tales hermanos. Y, cuando puedas, haz saber a los guardianes que, por tu parte, estás resuelto a obrar así. (...) Si alguno de los hermanos, por instigación del enemigo, pecara mortalmente, esté obligado por obediencia a recurrir a su guardián. Y todos los hermanos que sepan que ha pecado, no lo avergüencen ni lo difamen, sino tengan gran misericordia de él, y mantengan muy oculto el pecado de su hermano; porque no necesitan médico los sanos sino los que están mal (Mt 9,12)”.*

## **“¡PAZ Y BIEN!”**

**“Dame, Señor, tu mirada, grábala en mi corazón...”**. Un canto y una petición que se repiten una y otra vez en mi corazón después de leer las palabras que san Francisco dirige a un ministro: **“que no haya hermano alguno (...) que después que haya visto tus ojos, no se marche jamás sin tu misericordia”**. Porque sólo con la oración, la humildad y la gracia de la unión con Cristo, como Francisco, se puede esperar que los ojos rezumen misericordia ante el pecado del hermano.

Sólo sabemos lo que vivimos; por eso, si el santo de Asís nos pide que nuestros ojos reflejen la misericordia es porque él tiene experiencia de ello. Y me pregunto, ¿por qué sus ojos eran un espejo de misericordia? Tres expresiones me acercan a su alma como respuesta: shalom, comprensión-perdón, no juzgar.

- a) Hombre pacificado y pacificador, lleno de la paz de Dios de la cual nos habla la Biblia con la palabra “Shalom”: felicidad, plenitud de gozo, presencia de todo bien (la libertad de los hijos de Dios) y ausencia de todo mal (tristeza, miedos, temores, ansiedad...) porque **“el Señor es mi luz y mi salvación ¿a quién temeré?”** (Salmo 26, 1). Si tenemos esta luz y paz honda en el corazón la contagiaremos, la irradiaremos, la transmitiremos por ósmosis a nuestros hermanos que la necesitan, esperan y piden (cf. Leyenda de los Tres Compañeros 26).
- b) Un corazón así, pacificado, puede rezar: **“Quiero antes comprender que ser comprendido”** como decimos en la oración **“Haz de mí un instrumento de tu paz”**. Entonces acogeremos este fruto del Espíritu (cf. Ga. 5, 22) que es la comprensión hacia las carencias de los otros y habremos ganado mucho. Para empezar, no dejaré que su falta me ofenda porque me dispondré a aceptarle tal cual es, y acogeré cualquier “resbalón ajeno” tal como Dios acoge los míos. Por tanto, el otro ya no me ofenderá con tanta facilidad. Si me predispongo a no dejarme ofender activando la comprensión, ni siquiera es necesario llegar al perdón, porque no tendré nada que perdonar, nada me habrá herido, mi corazón no quedará turbado por el “mal” del hermano. En definitiva, pondré el corazón en la debilidad del otro, acogéndola con comprensión: misericordia. (cf. Estatutos VCMDP - Cap. V, 4.1)
- c) La paz y la comprensión nos alejan de juzgar a los demás como nos dice Francisco (cf. 1R 11, 9-13) porque sentimos el amor del Padre y la propia debilidad tan dentro que va tejiendo una fina conciencia que no nos permite criticar ni murmurar ya que **“sabemos que el juicio de Dios contra los que hacen tales cosas es conforme a la verdad. ¿Y piensas que escaparás al juicio de Dios tú que juzgas a los que hacen tales cosas? ¿O es que desprecias la grandeza de su bondad, de su paciencia y de su generosidad, y no te das cuenta de que la bondad de Dios te empuja al arrepentimiento?”** (Rm. 2, 2-4). Hermanos, ¡quitemos primero la viga de nuestro ojo antes de querer quitar la astilla del ojo de los otros! (cf. Lc. 6,42).

Ciertamente, es necesario vivir a fondo estas actitudes del Pobrecillo de Asís y seguir trabajándonos para tener los mismos sentimientos de Jesús (cf. Flp. 2,5) con el fin de ser

hombres y mujeres de mirada misericordiosa. Sentimientos que tienen sus raíces en el anonadamiento de Cristo, el cual culminó en Getsemaní y en el Calvario: la clave de la misericordia.

Es su cruz la que nos da vida en plenitud. Y la descubrimos cuando la abrazamos manifestada en nuestra propia cruz y sintiendo las punzadas del dolor de las heridas. Él se dejó clavar haciendo uso de toda su libertad, y al mismo tiempo, abandonándose en el Padre. Las lágrimas están presentes, pero también la promesa de vida eterna y el gozo de ser sus discípulos.

Cuando le contemplamos alzado en la cruz, su querer se convierte en nuestro querer, a pesar de que por la debilidad y fragilidad de la carne con frecuencia nos rebelamos; entonces entendemos que con su sangre nos ha ofrecido el perdón y nos ha enseñado a perdonarnos y a perdonar a los hermanos. ¡Tantas veces hay que comenzar por vivir la misericordia con uno mismo! De lo contrario, nada bueno podemos ofrecer a los demás, tan solo resentimientos, odios, malhumor, etc. porque nos volvemos irascibles y... ¿Qué se ve en nuestra mirada?

En resumen, es una invitación a mirar como miraba Jesús. ¿Cómo debía ser su mirada a Pedro después de negarle tres veces? (cf. Lc. 22, 61). ¿Cómo debía ser su mirada al “joven rico” cuando se marchó triste? (cf. Mc. 10,21). ¿Cómo debía ser su mirada al ladrón que colgaba de la cruz? (cf. Lc. 23, 43). ¿Cómo debía ser su mirada a la adúltera cuando le decía **“Vete y no peque más”**? (Jn. 8, 11).

Sin añadir nada más, seguro que ya nos estamos preguntando:

- ¿Cómo es mi mirada? ¿Refleja paz, comprensión, perdón, amor?
- ¿Te frena el “qué dirán” y dejas de mostrar los más nobles sentimientos del corazón (ternura, bondad, comprensión...) que Dios te regala en la oración?
- ¿Cuándo has dejado de acoger la misericordia de alguno de tus hermanos? O, ¿cuándo has dejado de ofrecerla?

Los ojos de Francisco han visto la luz de Dios, por eso su mirada se convierte en luz misericordiosa para los otros. Adentrémonos en el santuario interior (cf. Salmo 62, 3) para encontrarnos con el Padre de las Misericordias a fin de poder iluminar nuestras oscuridades y las oscuridades de los hombres y mujeres de nuestro mundo con la paz, la comprensión, el perdón y la bondad del Señor Crucificado y Resucitado. ¡Que nadie se vaya sin haber visto la misericordia en nuestros ojos!

Os deseo una **feliz fiesta de san Francisco**, bajo la mirada misericordiosa de la Madre de Jesús, confiándole nuestra plegaria y anhelo: **“Danos, Señor, tu mirada, grábala en nuestro corazón”**.



M<sup>a</sup> Carme Brunsó Fageda  
Superiora General

Barcelona, 27 de septiembre de 2016